

EL ALABADO

WILLIAM H. GONZÁLEZ

Una de las manifestaciones de la música mejicana o hispanoamericana que llega a lo más profundo del alma es el género del canto colectivo, denominado Alabado, o como lo describe Vicente Mendoza:

El canto más hondo, más sentido y más impresionante de los que subsisten en nuestra tradición y que sacude y sobrecoge aún a los más familiarizados con las emociones del arte colectivo; manifestación estética de la más fuerte emotividad y que constituye una de las expresiones más genuinas de nuestra idiosincrasia.¹

Este género se origina tras la llegada de los españoles a las tierras mexicanas, y se manifiesta enraizado en la propia cultura española, tal y como lo indican Bernal Díaz del Castillo² y otros cronistas de la época.

Una vez emprendida la obra de la colonización, las órdenes religiosas desempeñan un papel de primera importancia para llevar a cabo la asimilación de la nueva cultura por los indígenas. Debido a la magnitud de esta obra, se cultivaron diversos métodos para la enseñanza de la religión, prevaleciendo³ el teatro y el canto. En los con-

¹ Vicente Mendoza. *El romance español y el corrido mexicano*. México: Ediciones de la Universidad Autónoma, 1939, 102-110.

² Bernal Díaz del Castillo. *La Conquista de la Nueva España* (Vol. 26). Biblioteca de Autores Españoles. Madrid: Ediciones Alas, 1947, 31.

³ Lota Spell, "Music Teaching in New Mexico in the Seventeenth Century." *New Mexico Historical Review* 2, N° 1 (1927): 27.

ventos y centros de doctrina, los indígenas aprendían de memoria las oraciones y los cantos de la iglesia,⁴ de los cuales el más sobresaliente fue el alabado, que tuvo su origen en los himnos cantados por los nuevos conversos para expresar su firme creencia en la nueva religión.⁵

Aunque son varias las teorías sobre el origen del alabado, nos decantamos por aquella que lo define como el himno que cantaban los indígenas al comenzar las faenas del día y al finalizarlas por la noche. Este alabado, considerado el “alabado viejo”, es un motete de alabanza a la Eucaristía;⁶ posteriormente en su evolución, el término se asignó a las horas que cantaban los serenos y más tarde, a los cantos referentes a la Virgen y a los santos.

Entre los investigadores dedicados al estudio de este género, nace la opinión de que la versión original de este canto fue compuesta por los frailes franciscanos y difundida por ellos en su obra evangelizadora, en especial por Fray Margil de Jesús que la propagó por toda América septentrional y Central, desde Costa Rica hasta Luisiana, atravesando la región de Texas (1716- 1720).⁷ En su principio, era un canto eucarístico enseñado a los campesinos junto con la salutación angélica para acompañar el rosario nocturno después del cual se entonaba el Alabado siguiente:

Sea alabado y ensalzado
El divino Sacramento
En quien Dios oculto asiste
De las almas el sustento.

Y limpia la Concepción
De la Reina de los cielos,
Que, quedando Virgen pura,

⁴ Carlos González Peña. *Historia de la Literatura Mexicana*. México: Editorial Porrúa, 1972, 60.

⁵ Ann Livermore. *A Short History of Spanish Music*. New York: Vienna House, 1972, 245.

⁶ Gabriel Saldívar. *Historia de la música en México*. México: Editorial Cvltvra, 1934, 123.

⁷ José de J. Núñez y Domínguez. “El alabado” y “Las alabanzas”, *Mexican Folkways*, 10 (dic. y enero, 1926): 17-22.

Es Madre del Verbo eterno.

Y el glorioso San José
Electo por Dios inmenso
Para padre estimativo
De su Hijo, el divino Verbo.

Y esto por todos los siglos
Y de los siglos amén.
Amén Jesús y María,
Jesús, María y José.

¡Oh dulcísimo Jesús!
Yo te doy mi corazón,
Para que estampes en él
Tu santísima pasión.

¡Madre llena de dolor!
Haced que, cuando espiremos
Nuestras almas entreguemos
Por tus manos al Señor.

Este himno, según fray Servando Teresa de Mier, se entonaba ya en Sevilla en 1804 por los frailes franciscanos donde también se había compuesto el *bendito*.⁸ En su evolución el alabado dio origen a los cantos religiosos del santoral, que reciben la denominación de Alabanzas, y “Caminata”, al himno que se cantaba en las procesiones religiosas,⁹ manifestación fundamental en el ritual de las hermandades de penitentes. En Nuevo México, esta hermandad desarrolló un papel primordial en la conservación del elemento hispano. Aquí, debido al aislamiento, el término ‘alabado’ llegó a englobar toda manifestación religiosa oral,¹⁰ a falta de una terminología propia para designarlas: los himnos tradicionales, romances religiosos, oraciones, alabanzas, letanías, laudas, recomendaciones, plañidos y despedidas,

⁸ Ibid.

⁹ Gabriel Saldivar, *op. cit.*

¹⁰ Juan B. Rael, *The New Mexico Alabado*. Stanford: Stanford UP, 1951.

todo un archivo de los géneros literarios orales de la tradición medieval española.

Así, en Nuevo México, la tradición española, lejana a todo tipo de influencia peninsular o mexicana nueva, sigue su propia evolución, permaneciendo arcaica y limitada a muy escasa flexibilidad.¹¹

Los colonos de esta región, encontrándose sin ninguna comunicación con los grandes centros culturales de Chihuahua y la Ciudad de México, se ciñeron tenazmente a las costumbres de sus antepasados, resistiéndose a la influencia cultural de las tribus vecinas y viviendo a la usanza de sus antepasados de los siglos XVII y XVIII.¹²

A mediados del siglo pasado el aislamiento de la provincia se intensificó con la imposición de una frontera internacional tras el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, que hacía de esta región parte de otra nación con una cultura y una lengua diferente. Ahora una frontera internacional es la que refuerza y reafirma este aislamiento. Desde el primer momento, la nueva cultura hizo todo lo posible para imponer su idioma y sus valores a los nativos. En muchos casos, el pueblo mejicano aceptó externamente esta imposición económica o social, pero una vez dentro de su hogar o reunido en comunidad, reforzaba su propia cultura sacando el aliento cultural y espiritual de su alabado; tal y como lo había utilizado durante siglos. Ya desde los primeros atisbos de colonización, la transmisión de la fe dependía totalmente de la memoria de algún rezador, o grupo de rezadores, que habían aprendido los alabados de memoria. En muchos casos estos rezadores al llegar a una edad avanzada fijaban los alabados en cuadernos o libros de alabados que circulaban, y siguen circulando en las familias, o entre amigos, como libros de devociones y como herencia cultural y religiosa.

A finales del siglo XIX, y durante el primer tercio del XX, surge un fenómeno sociológico en los Estados Unidos: la emigración de los hispano-nuevomejicanos a los estados vecinos del oeste, y la inmigración de mejicanos. Como consecuencia el español es hoy día el segundo idioma de los Estados Unidos, haciendo de esta nación la tercera de habla española en el mundo con una población de más de

¹¹ Arturo L. Campa, *Spanish Folk Poetry in New Mexico*. Albuquerque: New Mexico UP, 1946, 6.

¹² Campa, *op. cit.*, 16.

cincuenta millones de hispanohablantes, la mayoría mejicanos. Durante este periodo de cambio social, el hispano ha tenido que enfrentarse a muchos de los mismos problemas que fueron creados para los nuevomejicanos después del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. En sus manifestaciones, en sus huelgas demandando justos salarios, y en sus concentraciones y manifestaciones denunciando situaciones injustas, el mejicano y el nuevomejicano, al canto del Alabado y del Bendito, exigen el respeto a sus derechos y a su dignidad.

En la historia del suroeste de Estados Unidos el año 1998 tiene un significado importante y simbólico para el hispano de este país. En este año se celebra en Santa Fe, Nuevo México, el cuarto centenario de la colonización de la provincia de la Nueva México, a la vez que el centésimo quincuagésimo aniversario del Tratado de Guadalupe, acontecimientos éstos de suma importancia para el hispano, ya que el primero tuvo lugar antes de la colonización inglesa y su llegada a los litorales de Nueva Inglaterra.

Durante los últimos años de la década de los setenta, buscando la huella del romancero español entre las hispanohablantes en los estados del suroeste de Estados Unidos, Colorado y Utah, se me ocurrió preguntarles a aquellas personas que entrevistaba, acerca de otro género de poesía de tradición oral, el alabado, y en muchos casos obtuve una información muy fructífera. En la tradición de los nuevomejicanos de Utah persistía este género, pero sólo se oía en los funerales o en los velorios, completando el aspecto religioso de este momento y a falta de otros cantos que no fueran en inglés. El pueblo hispano utilizaba estos alabados para expresar su duelo religioso a usanza de las costumbres de Nuevo México. También se cantaban en algunos hogares para acompañar el rezo del rosario familiar, especialmente durante el tiempo de cuaresma.

El momento que más me impresionó de este canto, fue el velorio de la abuela. La comunidad hispana del pueblo era escasa, pero en la noche que falleció todos los mayores de la comunidad se reunieron y cantaron alabados hasta altas horas de la madrugada. Una noche de invierno, de viento y nieve, con toda la comunidad reunida en una habitación iluminada por lámparas de aceite y cada anciano con su libro de alabados. La escena me resultó impresionante, especialmente cuando cantaron el alabado “Por el rastro de la sangre”, que volvería a oír veinte años después, en su forma original de romance en una clase de literatura en la Universidad de Salamanca. Hubo otros momentos

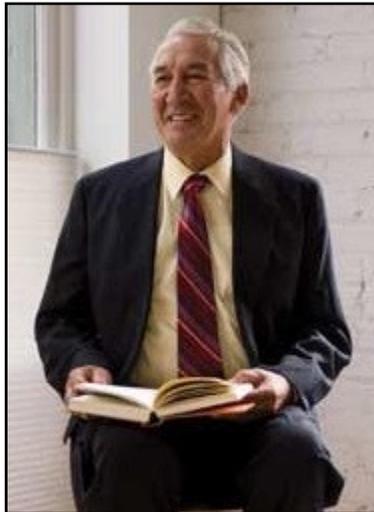
cuando de mozuelo oí estos cantos. Recuerdo en 1956 durante mi primera visita al pueblo de Taos, que entré en su iglesia donde tenía lugar un velorio e igual que en mi pueblo de Utah quince años antes, eran los mayores del pueblo los que cantaban los alabados.

Entre la juventud del pueblo el alabado gozaba de un auténtico respeto y para aquellos que se iban a cumplir su servicio militar durante la guerra de Corea, existía la promesa de que si algo les ocurría en campaña los sobrevivientes les cantarían un alabado para recordarles. Aunque muchos de los jóvenes empezaron a hablar inglés, nunca desaparecería el alabado como expresión religiosa de su fe. Muchos de los nuevomejicanos que inmigraron a Utah se dedicarían al oficio de pastores, teniendo como única compañía, cuando llevaban sus ganados al monte, su libro de alabados del que nunca se separaban. Para ellos, solos en los montes, las escenas de la vida de Jesús y de los santos descritas en los alabados les valían de sustento y consuelo en su soledad y pobreza material. Para el nuevomejicano este canto, esta tradición alabadística, llenó el hueco creado por la imposición de una nueva cultura que a partir de 1848 impone al nuevomexicano, no sólo su idioma oficial, sino también su uso forzoso en el culto religioso junto con el latín. A pesar de la presión eclesiástica para cambiar estas tradiciones el pueblo hispano se aferra a las tradiciones de sus antepasados y a la expresión religiosa de las mismas, bien en forma de tradición oral o por medio de los cuadernos de alabados.

La presente recopilación de alabados, alabanzas y oraciones la he logrado transcribiendo los libros de alabados que me permitieron copiar muchas de aquellas personas a las que entrevisté durante mi búsqueda por el romancero. Es el momento de agradecer de todo corazón la generosidad y la gentileza de todos aquellos que me han ayudado en la elaboración de esta obra: los propietarios de los libros de alabados, y aquellos que me ayudaron en la transcripción de los mismos, Deyanira Ariza-Velasco y Enrique Guerra, estudiantes en la Universidad de Utah. No quiero dejar sin mencionar la inestimable ayuda y apoyo de los Profesores Manuel da Costa Fontes, de la Universidad de Kent State (Ohio), Odón Betanzos, Presidente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, Theodore Beardsley, Presidente de la *Hispanic Society of America* e inexcusablemente Samuel Armistead, de la Universidad de California (Davis) al que dedico este libro.

Quiero también agradecer a Stuart McDonald su entusiasta y meticulosa labor en la mecanografía del manuscrito, el cual con su amplio conocimiento del ordenador facilitó la organización de este libro y su continuo apoyo moral y a María Jesús Aragón por su ayuda en la corrección de pruebas. Me resta agradecer a los profesores Miguel Cobaleda y José Manuel Regalado la revisión y evaluación del manuscrito, que ha dado como fruto las presentaciones que tan generosamente valoran esta publicación. No quiero olvidar a Armando Guerra, editor de este libro, con su esmerada presentación, así como a Telesfora García de Chacón con su aportación del material fotográfico. A todos ellos mi agradecimiento.

Finalmente, quiero citar la lista de los cuadernos o copias de cuadernos que fueron puestos a mi disposición, empezando con el libro de José Prudencio González, mi padre, quien en sus ciento ocho años de vida vivió en compañía de sus libros de alabados.¹³



William H. González en una presentación de sus obras.

¹³ Sigue una detallada nómina de diecisiete entradas.